

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



A VIZUETE



MALVA

POR

Nº 14

LYA DE PUTTI

30 cts.

*La Novela Femenina
Cinematográfica*

Publicación semanal de asuntos de películas

*Redacción y Administración:
Diputación, 292 - Barcelona*

Año I

Núm. 14

Malva

*Dramática producción, interpretada por la
exquisita artista*

LYA DE PUTTI

EDICIÓN ALEMANA

Exclusiva de

Modesto Pasco

Rambla de Cataluña, 62 - BARCELONA



MALVA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En una taberna de cierto pueblecillo italiano situado en las cercanías de la frontera, triunfaba, entre canciones y bailes gitanos, la belleza bravía y el donaire picresco de la gentil Malva, hija y nieta de contrabandistas.

Sola en el mundo por los azares de la vida, Malva trabajaba para vivir.

Como la barbiana Carmen inmortalizada en el pentagrama por el genio de Bizet, Malva reinaba entre las mujeres y era tirana de los hombres.

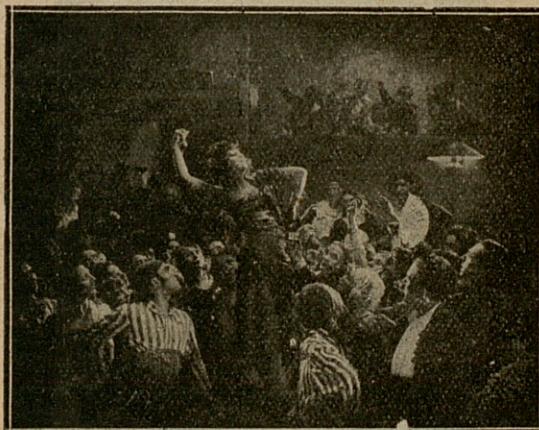
Como aquella inolvidable cigarrera que cegó de amor a Don José, el pundonoroso militar, Malva había herido con el puñal de la pasión a Alfredo Tassilo, arrogante teniente de gendarmes.

Desde que la conociera, Alfredo era un parrquiano más de Panderolli, el taimado bo-degonero; enriquecido lo bastante para convertirse en expendedor de bebidas, en afortunados alijos.

La gente moza acudía, como abejas al panal, a tratar de hacer su conquista; y así llegaron a odiarse los que antes de conocerla habían sido buenos amigos.

No se le conoció nunca a la deseada, aventura alguna de trascendencia. Los mismos rivales desbarataban siempre los proyectos del exaltado que tenía esperanzas de poseerla.

Por tal razón, las asiduidades de que el teniente le hacía objeto molestaban sobremanera a los demás muchachos.



...triunfaba, entre canciones y bailes gitanos, la belleza bravía y el donaire picresco de la gentil Malva...

Temiendo que Malva se dejase apresar en las redes que le tendía Alfredo, sus galanteadores evitaban en lo posible que el gendarme la acaparara a su mesa.

Todos los pretextos para tal fin eran buenos: ora sacarla a bailar, sin importarles la presencia del teniente; ora invitarla a ayudarles a apurar una jarra de buen vino...

Alfredo, a quien los celos roían sin piedad,



...Malva reinaba entre las mujeres y era tirana de los hombres.

se censuraba a sí mismo el fracaso de sus asaltos sucesivos a esa plaza tan frágil a la par que tan fuerte, para rendirla.

Atolondrada e impía, Malva gozábase de su triunfo, y para agrado de todos se cimbreaba, subida a una mesa, al compás de unas palmas de sus "vasallos".

Una noche, encontrándose el teniente, como de ordinario, en la taberna de Panderolli, contemplando presa de punzante angustia la in-



...y así llegaron a odiarse los que antes de conocerla habían sido buenos amigos.

diferencia de Malva, que se separara de él para bailar, con uno cualquiera de sus innumeros pretendientes, la jovial tarantela, un gendarme vino a darle importantes noticias:

—Mi teniente, la batida de esta noche ha

dado por resultado el descubrimiento de que el contrabandista Radzio anda por las rocosas montañas fronterizas. ¡Venga usted, teniente! Le seguimos la pista con los perros.

Alfredo, cuyos ojos no podían apartarse de Malva, que seguía danzando en el centro del bodegón, se resistió a obedecer a su concien-



Alfredo, a quien los celos roían sin piedad...

cia, que le llamaba al deber; mas al fin, dominándose a sí mismo, empujó la puerta y salió.

Radzio, el terror de los gendarmes, por su inigualable habilidad en burlar su persecución, había sido herido de un tiro en un brazo

al arrojarse, en su desesperada fuga, al mar, y sólo a la vuelta de grandes esfuerzos lograba ocultarse en la primera casita que le vino a tiro.

Nadie daba señales de vida en ella, y la preocupación de Radzio era la de contener la hemorragia de su herida.

Sobre esto llegó Malva a la casa, pues era la suya, y Radzio hubo de ocultarse. Sin embargo, pronto fué descubierto, pues las puntas de sus pies se asomaban por debajo de su escondite.

Al verse descubierto, Radzio desprendió del cinto su puñal y con él redujo al silencio a Malva, a quien dijo:

—¡Me persiguen!... ¡Escóndeme!

La muchacha miró de arriba abajo al contrabandista, con ansia de ver como por arte de su fascinación se desviaba el arma blanca que rozaba su pecho, y Radzio turbóse.

—He dicho que me escondas!—insistió éste.—No oyes el golpear de los cascos de los caballos de los gendarmes?

Malva, deseosa, por enigmático capricho femenino, de hacerse de rogar por aquel hombre desconocido para ella, no parecía querer tomar ninguna determinación.

Entonces Radzio, acuciado por su gana de salvarse de la inminente captura, hizo un nuevo esfuerzo para amedrentar a Malva, sacudiéndola, e hiriéndola si fuera preciso, pero sus fuerzas le traicionaron y desplomóse al

suelo, descubriendose, en la posición en que quedó en tierra, su ensangrentado brazo.

Malva apresuróse a desinfectar la herida, la vendó luego, y cuando los gendarmes llamaron a la puerta de su casa, levantó la trampa de



—¡He dicho que me escondas!

un sótano y le hizo desaparecer por ella.

El grito de la sangre le había hecho tomar tal resolución.

Apenas desapareció el contrabandista, el te-

niente Alfredo y un subordinado entraron en la casa, creyendo firmemente encontrar en ella al fugitivo.

—¿Dónde está Radzio?... Sus huellas terminan ahí fuera—preguntó Alfredo a la muchacha, deseando en el alma que en realidad no lo supiera.



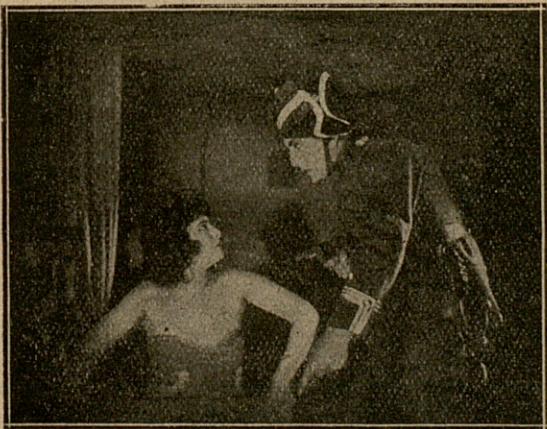
...pero sus fuerzas le traicionaron y desplomóse al suelo...

—Yo no conozco a ese Radzio que me nombráis... ni hombre alguno ha penetrado en mi retiro. A la vista está—respondió Malva.

Alfredo hubiera querido creerla, mas el deber se impuso... y los celos también... para pro-

ceder a un minucioso registro de aquel interior.

En sus pesquisas descubrieron los gendarmes la trampa por donde se había ocultado Radzio en el sótano, y Alfredo, sin tomar en consideración los deseos de Malva de que no se abriese dicho paso, lo hizo franquear al gen-



...y Alfredo, sin tomar en consideración los deseos de Malva de que no se abriese dicho paso...

darme que le acompañaba y a otro que apareció después con los perros auxiliares.

Acorralado, Radzio hubo de entregarse sin resistencia, y al verle salir del subterráneo,

amenazado por los gendarmes, que iban tras de él, y de Alfredo, que lo esperaba en la boca de la trampa, Malva, que le había tomado al contrabandista cierto inexplicable cariño, tuvo una idea.

Sugerida tal idea por el interés pasional que le demostraba Alfredo, Malva la ejecutó sin vacilar, dejando caer la trampa encima de los gendarmes que subían aún la escalerilla del sótano, y cerrándola luego se encaró con Alfredo, que no cesaba de encañonar su revólver en dirección al pecho de Radzio.

—¡Tres contra uno!... ¡Puedes sentirte orgulloso de esta hazaña!

El teniente, incorruptible, pretendió en vano instigar a Malva a abrir de nuevo la trampa, y la muchacha, además de no obedecerle en tal sentido, hizo desaparecer de la mente de Radzio toda duda de su complicidad en su captura, cubriéndole con su cuerpo para proteger hasta la puerta de la casa su fuga.

—¡Eso no!—gritó Alfredo.—¡Aparta o disparo!

Pero Malva, convencida de que el teniente no se atrevería a cumplir su amenaza en ella, retrocedió más y más, hasta que el contrabandista pudo echar a correr a campo traviesa.

Alfredo, impotente para castigar a Malva, abrió la trampa que le imposibilitó la ayuda de sus subordinados, y éstos, enterados del suceso, detuvieron a la culpable a falta de

Radzio, pues éste huyó veloz montando un caballo de los gendarmes.

El teniente, mal que le pesara, hubo de permitir la detención de la mujer que amaba, ya que lo contrario le hubiese comprometido.

—¿Sabes lo que has hecho, muchacha?... —Sabes que esto puede costarme el destino?— murmuró al oído con pesar.

Conducida a presencia del capitán de gendarmes en el cuartel de la Gendarmería, Malva fué reducida a prisión por haber protegido la fuga de Radzio, burlándose de la Justicia en su propia casa.

Desde luego, Alfredo desvirtuó la verdad de los hechos para que no se supiera que sólo fué por amor a Malva que él presenció, desarmado moralmente, la huída del contrabandista.

Y la sentencia de cárcel contra Malva llenó de amargura el corazón del teniente.

Curada su herida, de primera intención, por Malva, Radzio, cobrando milagrosamente nuevas fuerzas al conjuro del recuerdo de su salvadora, trepó como un lince hasta la cima de la sierra, donde él tenía su refugio en una cueva, nido de águilas desconocido y peligrosísimo para los servidores de la justicia.

Con Radzio compartía la guarida su compinche Humberto.

—¡De buena acabo de escapar!—dijo aquél

a éste, tumbándose en completo abandono a reponer sus agotadas fuerzas.

—¿Qué ha sido eso?—inquirió Humberto.

—Los gendarmes me echaron el guante... y ya me despedía de ti y de nuestros amigos, cuando una mujer, una preciosa muchacha, me salvó a riesgo de su vida.

—¿Quién es esa buena hada?

—No lo sé. Mas nunca la olvidaré.

—¿La habrán detenido, por cómplice?

—Sí, en eso estaba yo pensando. Es indudable que a estas horas esa generosa muchacha se halla ya a la "sombra".

—¡Muy romántico!

—¡No tolero bromas sobre este asunto!

—Bueno; ¿qué vas a hacer?

—Hay que sacarla de la cárcel, cueste lo que cueste!... ¿Quieres ayudarme?

—Por de contado, Radzio.

—No esperaba menos de ti. Escucha...

Mientras los dos camaradas fuera de la ley preparaban el golpe del rescate de Malva, ésta, en la cárcel, en cuya celda la negrura de la noche ponía una nota de muerte, recibía la visita de Alfredo.

La lumbre de la linterna de que era portador descubrió en el rostro de Malva huellas de lágrimas.

—¿Por qué ayudaste a ese hombre, Malva?

—preguntóle el teniente, hondamente emocionado.

—No sé... fué algo más fuerte que mi voluntad...—rumoreó ella.

—Esto es muy raro... ¿Acaso te une a él algún lazo de amistad... o de amor?

—Pero si no le conozco... si no lo he visto en mi vida...

—Mientes, Malva... Leo en tus ojos que me engañas... ¿No comprendes que yo necesito saberlo?

—Déjame en paz con mi pena.

—¿Lo ves? Te aflige no poder ir a reunirte con él, ¿verdad?

—Eso es falso.

—Tu excitación te vende. Necesitas dormir y descansar. Quizá mañana te muestres más razonable... Adiós, Malva...

—Adiós...

Alejóse el teniente, presa del tormento de los celos, y Malva, en tanto, se repetía:

—Me ama... me ama...

Y luego:

—¿Se habrá salvado Radzio?

Unas horas más tarde, los dos contrabandistas abandonaban su escondrijo para descender al valle, camino de la cárcel.

Humberto se había enterado un poco antes de que, en efecto, Malva encontrábase en prisión, y también de la reja que ocupaba.

Cerca ya de la cárcel, Radzio y su "socio" se detuvieron, y aquél le dijo al segundo que se adelantase y le preparase el terreno en la forma que habían convenido.

Se separaron.

La misión de Humberto consistía en distraer al centinela, y su astucia de gitano iba a hacerle salir airoso de la empresa.

—¿Qué, no se duerme?

—¿Dormir? ¿Dónde ha visto usted que un centinela cierre los ojos? Y usted, ¿cómo anda a estas horas despierto?

—Hace una caló... y me dije digo: "Vete a ver si encuentras a alguien que te tolere un rato". Oiga: *¿tié uzté perras?*

—Algunas llevo... ¿por qué?

—¿Qué le parece si yo se las ganase a los dados?

—¿Es usted adivino? Porque yo, le advierto que soy muy afortunado.

—Eso lo querría ver por mis propios ojos. Yo también le aviso que gano siempre.

—Probemos.

—*Prencipio* yo. ¡Siete! *A uzté, compare.*

—¡Diez! Gané.

—Eso será una vez. Ahora yo. ¡Nueve!

—Bonita cifra. ¡Yo doce! ¡Eh! ¿qué tal?

—Hoy tengo la negra.

Entretanto, Radzio se hacía con una escalerilla de mano y al poco repiqueteaba en los cristales de la ventana de la celda en que se hallaba Malva sin poder conciliar el sueño.

La muchacha vió con sorpresa al contrabandista, comprendió que iba a salvarla, y llena de ilusión dejó hacer a Radzio.

Abierta la ventana, él la tomó en sus bra-

zos y huyeron febrilmente para distanciarse lo más posible de la cárcel.

Humberto, por su parte, cesó su juego con el centinela cuando comprendió que su compinche había tenido tiempo de sobra para libertar a Malva.

No tardaron los gendarmes en echar de ver la fuga de su presa, y un piquete de los mismos, al mando del teniente Alfredo—completamente descorazonado—, salió a recorrer los montes vecinos en busca de Radzio y Malva.

El contrabandista, ya lejos del peligro, había preguntado a la muchacha si quería ir con él a la soledad de la cúspide de la montaña para ser reina de su corazón prendado de ella, y Malva, impulsada a Radzio por un sentimiento ignorado hasta entonces, aceptó.

Y en vano los gendarmes buscaron a los fugitivos...

A la mañana siguiente, cuando el retorno de la alegría de la naturaleza despertó a Malva y a Radzio en la cueva, que fué mudo testigo de su loco idilio..., en el cuartel de los gendarmes el capitán censuraba al teniente su deficiente servicio de vigilancia estando él de guardia.

—Teniente, si usted tiene interés en conservar su puesto—añadió el jefe—, le aconsejo que no tarde en capturar a ese contrabandista que se ríe de todos nosotros... y a la mujer que escapó con él esta noche.

Dispuesto Alfredo a poner en alto su pres-

tigio de servidor de la justicia, decidióse a no cejar un momento hasta dar con aquéllos, y pidió ayuda a un subalterno íntimo amigo suyo, que no supo negárselo.

Radzio, enamorado por vez primera de una mujer, hábile entregado a Malva todo su corazón, y ella le ofreció el suyo lleno de él.

Por el amor de Malva, Radzio resolvía no exponerse más a la saña de los gendarmes, y le dijo sinceramente a aquélla:

—Una sola vez, la última, voy, cuando anochezca, a atravesar la frontera... Con lo que saque de este contrabando tendremos para vivir tranquilamente una temporada. Después huiremos a un sitio donde no nos conozcan, y trabajaré para vivir sin sobresaltos ni inquietudes.

—¡No me dejes sola! ¡Tengo miedo!... ¡Me da el corazón que va a ocurrirnos una desgracia!

—¡Por fuerza tengo que marcharme ahora! Humberto me está esperando en la garganta de la montaña. Así quedó convenido con él ayer.

Partió Radzio en busca de su compinche, y, como lo presumiera Malva, la venganza de los gendarmes acechaba.

—El tiene que pasar por aquí forzosamente... No nos movamos de este sitio, y así podremos eggerlo desprevenido—le decía el teniente a su amigo, ocultándose para sorprender a Radzio en cuanto apareciese.

Y acaeció que, ajeno a ello, el contrabandista fué conminado sin remedio a rendirse.

—¡Esta vez sí que no me escapas!—le dijo Alfredo—. Pero falta Malva. ¿Dónde está? ¡Contesta, maldito!... ¡Dónde está Malva?

—¡Jamás delaté a un amigo, teniente! ¡Si Malva, a lo que veo, te interesa tanto, búscala! ¡Pero no es para ti esa gloria!

El arresto de Radzio le valió a Alfredo muchos elogios de su jefe, pero su corazón de enamorado recibió un nuevo golpe, rudo como ninguno.

**

Después de una noche de insomnio y de inquietud para Malva, vió ésta llegar a la guarida a Humberto, a quien ella desconocía.

—¿Qué hace Radzio que no ha venido en toda la noche?... ¡Buen plantón me ha dado! —gruñó.

—¡Ah! Es Humberto—dijo Malva; pero acordándose de súbito que éste se quejaba de haber esperado en vano durante toda la noche a Radzio, clamó:—¡Dios mío, qué le habrá ocurrido!

Humberto, fijándose en la belleza de Malva, sintió, aunque viejo y grasiendo, pretensiones de conquistador, y la echó unas flores:

—¡Caramba! ¿Sabes que mi compadre no tiene mal gusto? ¿Tú eres la chica que anteayer salvamos, eh? ¿Cómo te llamas?

—Malva.

—Yo soy Humberto.

—Lo supuse.

—¿Dónde está Radzio?... Yo creía encontrarlo aquí...

—¡Pero si fué a su encuentro ayer noche! ¡Ay, qué angustia!

—Malo, malo... Seguramente habrá caído en el garlito.

—¡Oh, pobre de mí!

—No te desesperes, muchacha. No sabemos nada todavía... A lo mejor ha tenido un mal encuentro y anda huído por las montañas.

—¡Virgencita Santa, devuélveme a mi Radzio!

Pasaron los días, y llegó al fin el de la vista de la causa contra Marcelo Radzio, convicto y confeso del delito de contrabandismo, condenándose a la pena de cinco años de trabajos forzados.

Al oír el fallo del tribunal, Radzio gritó a sus jueces, loco de desesperación:

—¡Cinco años!... ¿Por qué no me matáis, y así acabo antes de sufrir?

Estas palabras encerraban el secreto de sus amores con Malva.

La vida, que no se detiene nunca ni ante lo bueno ni lo malo, continuó triste para Malva, que supo por Humberto la condena impuesta a Radzio.

Todos los días, acuciado por la esperanza de encontrar a Malva, volvió a recorrer Alfredo

los lugares donde se apoderó del contrabandista, logrando su propósito al fin.

—¡Alfredo!—pronunció ella al verle. Y cubrióse el rostro.

—¡Ya conseguí encontrarte, Malva!... Te he buscado tanto, había perdido de tal modo las esperanzas de volver a verte, que me parece



—¡Oh, si supieras lo que he sufrido por ti!

imposible que estés a mi lado...—suspiró Alfredo dando libre salida a su amor hacia ella.

Malva clavó sus bellos ojos en la nada, y Alfredo la contemplaba con unción.

—¡Oh, si supieras lo que he sufrido por ti!

—Perdóname, Alfredo...

—Tú sabías cuánto te amaba e hiciste siempre burla de mi amor. Gozabas martirizándome... porque era tímido y te hablaba como un niño. Sigo amándote, Malva, tal vez con más fuerzas que nunca... ¿Qué piensas hacer?

—Esperar a Radzio...

—Malva, tú eres digna de mejor suerte. No es mi propio egoísmo quien habla, sino tu valer. Piensa que a mi lado puedes ser feliz... He pedido el traslado a Delbranje, y allí nadie te reconocerá...

—No, Alfredo. Llévame a la cárcel. Así, al menos, sufriré con el hombre que amo.

—Sé razonable, Malva... Reflexiona... Mañana salgo para Delbranje y antes de partir vendré a saber tu contestación definitiva. Abrijo la esperanza de que al fin comprenderás que en mi cariño sin límite encontrarás el calor que necesitas para ser dichosa.

Malva quedó pensativa, y, alejándose, Alfredo le repetía, con los labios y con los ojos, que ella era su vida...

A la mañana siguiente, el teniente se despidió de sus compañeros de armas.

Humberto, que había logrado ponerse en comunicación con Radzio, leía un papel en que éste le decía: “*Proporcioname una lima y una escala de cuerda. Dile a Malva que me espere. Radzio*”; pero como la belleza de Malva era un obstáculo para cumplir sus deberes de amistad, Humberto destruyó esa nota y escribió

esta otra: "Malva: no puedes esperar por mí cinco años. Olvidame. Humberto velará por ti. Radzio".

Con los propósitos fáciles de suponer, llevó Humberto a Malva ese falso manuscrito de Radzio, y el dolor por que pasó ella fué inmenso.

Humberto, para confirmar los "deseos" de su compinche, agarró por la cintura a Malva para estrecharla contra sí y besarla, mas ella se desprendió de sus brazos con repugnancia.

El desprecio de Malva exasperó a Humberto, y mal la hubiera pasado ella con el falso amigo de Radzio, de no haber llegado en aquel momento a la cueva el teniente.

Humberto se abalanzó al gendarme, pero fué derribado y, molido a golpes, quedó fuera de la guarida.

—Gracias, Alfredo...—musitó Malva.

—¿Comprendes ahora que no puedes quedarte aquí?... No te pido de momento amor. Deja que el tiempo se encargue de sanar tu herida, y entonces quizás llegues a quererme un poco.

—Eres demasiado bueno conmigo, Alfredo. Yo no sé si debo escucharte...

—Ven, Malva... Sé mi compañera... Esta ha sido la ilusión de toda mi vida.

—¡Oh, Alfredo!

Y aquel mismo día, en Delbranje, Malva, Amor, se enseñoreaba de la casa del teniente.

—Malva mía, te debo la inefable dicha de

haber aceptado iluminar con tu presencia mi vida sin afectos, y creo que mi conducta contigo te acercará a mi corazón haciéndote olvidar lo que fuiste y lo que hiciste antes de besar tus plantas el suelo de esta casa. Aquí hay un hombre, que será el tuyo, si quieres, dispuesto a procurar que seas feliz.

—Alfredo, yo no merezco tanto amor...

—Tú eres buena, Malva; por eso te quiere mi corazón. Tu pasado de frivolidad y de aventuras, lejos está ya. Era el ambiente en que te puso el destino. Hoy empieza una nueva existencia para ti... y para mí es la tranquilidad que vuelve...

••

Un año después, Malva, la gitana, la émula de Carmen la española, era la amante y amada esposa de Alfredo.

El hogar de ambos era comparable al nido más feliz, y la inminente llegada de un don del cielo, que se agitaba en el sagrado misterio de Malva, alborozaba a los padres.

Nació un niño. La cara, de su padre, que no cabía de gozo en sí; y la boca, de su madre, boquita de fresas.

El bautizo de Alfredín constituyó un acontecimiento en Delbranje, y todo parecía confortar el ánimo de Malva para rehuir la sospecha de futuros nubarrones en el clarísimo cielo de su felicidad.

Pero a aquella misma hora, en la guarida

de Humberto se reunían con éste varios contrabandistas, uno de los cuales informó a los demás de una gran noticia que había de asombrarlos: ¡Radzio se había escapado del presidio!

Humberto frunció el ceño y se llenaba de temores pensando en las consecuencias que para él mismo, para Malva y para el teniente podía tener la reaparición de Radzio.

A media tarde, encontrándose Humberto solo en la cabaña, Radzio se presentó en ella.

—¡Tú, Radzio! —exclamó el traidor a su amistad, al verle.

—Sí, yo. ¿No sabías que iba a venir?

—Giuseppe nos dijo que te habías fugado de la cárcel... pero yo no pensé que te atrevieras a venir aquí.

—Debía venir... aunque sólo fuese por ella, por Malva. ¿Dónde está?

—Estás fatigado. Descansa un poco, Radzio... y luego hablaremos.

—¡Eh!, ¿qué quieres decir? ¡Habla, Humberto! ¡Habla, por tu vida!... ¿Dónde está?

—No te sulfures... Suelta ya... Malva... se ha casado...

—¿Que se ha casado? ¿Que me ha olvidado? ¡Acaba, Humberto! ¡Dime con quién!

—Sucedió lo que tenía que suceder... Se marchó de aquí con el teniente Tassilo, el que te prendió.

—¡Miserables! Pero no se reirán de mí. Tú

sabes dónde viven... debes decírmelo. Suéltalo todo de una vez.

—Están en Delbranje.

—¡Pronto nos veremos frente a frente!

—No vayas a hacer alguna barbaridad, Radzio... Déjalos en paz y pon el pellejo a salvo pasando la frontera.

—Antes he de verlos... luego... luego, Dios dirá...

—Mira que te volverán a prender.

—Ello te afligiría, ¿verdad? También a ti te debo pedir cuenta de tu inexplicable conducta conmigo. ¿Por qué no me proporcionaste la lima y la escala de cuerda que te pedí un día?

—No pude, Radzio...

—¿Por qué no viniste más a verme?

—No me fué posible. Temía...

—¡Mientes! Nadie te conoce a tí y sólo fué tu ruindad lo que te hizo renegar de un camarada que necesitaba de ti. Eres un bribón. ¿Te debe ir bien en tu nuevo empleo de jefe de la banda, eh? Mi regreso no te resulta agradable, ¿verdad?

—Hablas por hablar, Radzio... Yo nunca dejé de considerarte como mi mejor compañero. Yo jamás podría hacerte una traición.

—Bien, no hablemos más. Me visto como quien soy, y me marcho ahora mismo. Si me has dicho la verdad no volverás a verme... pero ¡ay de ti si me has mentido!

En medio de la fiesta en el hogar venturoso

con motivo del bautizo del niño de los ejemplares esposos, llegó un gendarme que, de oculis, entregó a Alfredo un aviso de los amigos de su antiguo puesto.

Decía aquél:

Radzio se ha fugado del presidio. Póntete en guardia, porque sin duda irá a Delbranje en cuanto se entere de tu matrimonio.

Nicolai y Luigi.

Alfredo dió parte en el acto de lo que ocurría a sus nuevos compañeros, en su casa reunidos, y éstos se dispusieron a vigilar por si Radzio se presentaba en el pueblo.

Malva, sin sospechar el peligro que se cercaba sobre su hogar, abrazóse a su esposo, al quedar sola con él, y agradecida exclamaba:

—¡Qué dichosa soy a tu lado, Alfredo! Nunca podré pagarte la felicidad que me has dado!

Alfredo aunó sus esfuerzos para disimular la intranquilidad que lo dominaba, y al poco exculpóse de marcharse:

—Voy a hacer mi ronda... No te inquietes. Dentro de un par de horas estaré de vuelta.

Malva acostó a su hijito y sentóse al lado de la cuna para mecerla.

No lejos de ella andaba Radzio.

Perseguido por los gendarmes anduvo largo trecho entre zarzas que desgarraban su carne, y olvidándose a sí mismo salvó mortales peligros.

De pronto, guiado por un campesino, Radzio hizo irrupción en el hogar del teniente.

Malva acudió al comedor donde habíase detenido el contrabandista, y si bien su asombro fué intenso, no turbóse lo más mínimo en su presencia.

Radzio, desconcertado por la actitud de Malva, rebelóse y le recriminó duramente lo que él creía su infamia.

—¡Por amor a ti he pasado en la cárcel un año de horror y de tortura!... ¡Por amor a ti me persiguen como un perro rabioso!... Y mientras tanto, tú...

—¡Pero te has escapado, Radzio? ¡No comprendes que pueden matarte?

—¡Y tú no comprendes que es por ti, para conocer tu deslealtad, por lo que me he evadido?

—¡Pero si tú mismo me devolviste la libertad!

—¡Qué dices!

—Tú me escribiste que no te esperara.

—¡Eso es falso!

—No miento, Radzio. Puedo probarte que recibí tu nota. La he guardado siempre en un cofrecito. ¡Mírala! Léela.

Radzio, temblando de coraje, devoró con los ojos las letras del papel, obra del villano Humberto: "No puedes esperar por mí cinco años. Olvídate. Humberto velará por ti. Radzio".

—¡Ah, bandido!—clamó el contrabandista.

¡Adivino sus ruines propósitos! ¡Y tú, qué hiciste?

—Alfredo me llevó consigo antes de ser víctima de Humberto.

—¡Con cuánto placer reconozco que tú no tienes culpa en esto! Yo que había perdido ya la esperanza.

—Ya no es posible deshacer lo hecho, Radzio. Pertenezco a Alfredo...

—¡A mí sólo perteneces, porque en mis brazos aprendiste a amar!

—No, Radzio, no...

—Huye conmigo, Malva... iremos muy lejos, muy lejos y todavía podremos ser felices.

—No insistas, Radzio, te lo suplico... No puedo traicionar a quien me dió noblemente su nombre.

—¡Le amas! Lo prefieres a mí, ¿no es eso? ¡Pues no volverás a verle nunca más! ¡Te lo juro!

—¡Radzio, apiádate de mí!

—¡Estoy loco, Malva!... ¡O huyes conmigo... o no respondo de mí!

—¡Mátame siquieres! ¡Yo no me muevo de esta casa!

Radzio había levantado un brazo armado sobre Malva, y como por encanto cayósele el arma al suelo al oír llorar al tierno ser que descansaba en la cunita.

Malva tomó al niño en sus brazos, y lo presentó a Radzio, diciéndole:

—Vete, Radzio, por favor... Tú eres bueno en el fondo...

—¿Es tuyo este niño? —preguntó él con ojos extraviados.

—Sí, Radzio... es mi hijo... el hijo de Al-



—¡A mí sólo perteneces, porque en mis brazos aprendiste a amar!

fredo...

Acogotado por la emoción, Radzio cayó de bruces sobre la mesa y rompió a llorar.

Por su lado, Alfredo, enterado por sus subalternos de la huída de Radzio hacia el pueblo, puso al trote su caballo y, revólver en mano, pues temía encontrarle en ella, entró en su casa.



—*Es tuyo este niño?*

—*¡Manos arriba! ¡Esta vez, Radzio, cono-
cerás la amargura del presidio en tierras leja-
nas! —le dijo el teniente.*

Pero Malva, poniéndose de parte de Radzio

como un año atrás cuando iba a ser detenido, exclamó:

—*Vete, Radzio!... ¡Adiós!*

Alfredo, inmovilizado por la enérgica acti-
tud de Malva, permitió la fuga del contraban-
dista.

Ya fuera de la casa Radzio, pudo preguntar
el teniente a su esposa:

—*Malva!... ¿qué has hecho?*

Sin inmutarse, consciente de su acepción, Mal-
va contestó:

—*Cumplir con mi deber, Alfredo. Ese hom-
bre no vino aquí en son de guerra... y yo te
prometo que no volverá más. Recuerda que me
quiso... y que yo creí en él como hoy sólo creo
en ti.*

Alfredo inclinóse ante la razón de su cara
compañera, de la adorada madre de su hijo,
y cuando juntos pensaban que Radzio se sal-
varía de la cárcel huyendo al extranjero, so-
naron varios disparos.

—*Qué es eso? —gritó Malva.*

El teniente salió al campo y vió caer, alcan-
zado por las balas de los fusiles de los gendar-
mes que acababan de llegar y de descubrir-
le, a Radzio.

—*Dios mío, pobre Radzio! —gimió Malva.*

Alfredo acercóse al moribundo y éste rezó:

—*Lléveme a su casa... teniente... Déjeme
morir cerca de ella...*

Accedió piadosamente a ello el gendarme,
y en su hogar, el herido, antes de expiration, bal-

bució, apretando entre las suyas las manos de Malva:

—Malva... te quería tanto... tanto...

Al poco, la fatalidad cumplía su sentencia mortal...

Y Alfredo y Malva, abrazados el uno al otro, sintieron, a través del frío de la muerte que inundó la estancia, como sus corazones se anegaban en lágrimas...

F I N

Prohibida la reproducción

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
GLENN HUNTER*

PRÓXIMO NÚMERO:

La finísima novela

Mentira amorosa

*Interpretación del gran actor MONTE BLUE
y de la simpática artista EVELYN BRENT*

Exclusiva de United Artists

Postal-obsequio: LOIS WILSON

10 fotografías 30 céntimos

LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRÁFICA

Sale todos los viernes en toda España.

Este número ha sido sometido a la censura militar.

